



Cascada del rio La Cause, y muro romano cerca de Aix.

CASCADA Y MURO ROMANO CERCA DE AIX.

En el último término de este grabado se ve la montaña de Santa Victoria, que limita hacia el Este el célebre cam-

SEGUNDA SERIE.—4858

po de los Pudrideros (*campi putridi*), donde Mario el año 102 antes de Jesucristo hizo pedazos un ejército inmenso de cimbro-teutones. Cuéntase que los romanos levantaron sobre la cumbre de aquella montaña un pequeño templo dedicado á la Victoria para consagrar el recuerdo de la derrota de los bárbaros. Convirtiósese aquel templo en la edad

AÑO XVI. 4.

media en una iglesia colocada bajo la invocacion de *Santa Victoria*. Las paredes de este templo son de un hermoso carácter, y verdaderamente romano, por en medio de las cuales se precipita el río *La Cause*, pareciendo ser los restos de un largo acueducto romano que conducía las aguas, todavía muy abundantes hoy, desde la aldea de San Antonio á la colonia de Aix. Esta aldea se halla situada á ocho kilómetros de la ciudad. Creen, sin embargo, algunas personas ver en aquel muro que cierra, ó debia cerrar un valle muy profundo, una harrera ó valladar destinado á formar un recipiente del lago facticio, como el que se ha construido hace pocos años á menos de un kilómetro mas alto para traer á Aix por medio del canal Zola las aguas del mismo río *La Cause*. No lejos de allí se halla la aldea y castillo, que una y otro llevan el nombre de *Tholonet*. El castillo pertenece al marqués de Gallifet, cuyo padre ha publicado un viage á Provenza, donde ha dado el dibujo en litografía, tanto de este muro como de la cascada y paisaje, uno de los mas hermosos é interesantes de la Provenza, y que ordinariamente van á visitar los viajeros que pasan por Aix, ó las personas que van á pasar el verano en él y disfrutar allí de sus amenos baños.

ASESINO Y SUICIDA.

Leyenda.

I.—PRÓLOGO.

Del 23 de enero al 5 de junio de 1701, el bajo Aragon fué ocupado por el ejército del Archiduque pretendiente á la corona de España, en oposicion al duque de Anjou.

El 23 de enero, el general que mandaba la vanguardia del ejército imperial, penetró en la desmantelada ciudad de..... Los habitantes, calculando la imposibilidad en que se hallaban de hacer una resistencia limitada á los recursos locales de poco valor, dejaron al enemigo apoderarse, sin combatir, de la ciudad que no estaba protegida por ningun cuerpo de ejército.

Recordaban las funestas catástrofes de que habían sido víctimas sus antepasados, ya en las guerras con los sarracenos, ya posteriormente en las guerras civiles de la edad media. Tomada, vuelta á abandonar, saqueada de año en año por unos ú otros partidarios como punto casi fronterizo á Castilla en la época en que esta formaba reino separado de Aragon, había demolido las fortificaciones en que estaban inscritas las azarosas fechas del paso por su territorio de los Lunas, de los Gurreas, de los escuadrones navarros, de las huestes de don Pedro el Cruel, y de las armas de realistas y unionistas.

El altivo castillo de los condes de *** que dominaba la plaza sirviéndole en otro tiempo de defensa, veía ahora desmanteladas sus casi derruidas almenas, no sirviendo en la actualidad mas que para guarida de malhechores.

No obstante, el 23 de enero de 1701, los ecos por tan largo tiempo mudos de las colinas vecinas, resonaron con el ruido del combate, débil es verdad, pero que hacia recordar las tremendas batallas de la edad media. Los bravos ciudadanos y campesinos de las inmediaciones, que mostraron

tanta energía mientras duró la guerra de sucesion, sirviendo á las órdenes del de Anjou, no quisieron abandonar la ciudad al enemigo, sin protestar con el vivo fuego de sus mosquetes contra su tiránica opresion, antes de replegarse sobre Madrid, donde encontrarían el ejército del de Anjou.

Obligadas á ceder al número, aquellas guerrillas armadas por el sentimiento nacional, hicieron sus primeros disparos sobre los batallones austriacos que tomaban posesion de la ciudad fronteriza al antiguo condado de Molina, y señorío de Meles.

Aquella mosquetería á la desesperada hizo morder el polvo á mas de un soldado alemán.—Y á esto se redujo todo. Aquel puñado de aragoneses, desapareció de las alturas que ocupaba el castillo de los condes de ***, y el enemigo entró triunfante tambor batiente en la ciudad.

Por espacio de cinco meses, estableció allí el ejército imperial su cuartel general. El Archiduque Carlos y sus generales permanecieron varias veces en la ciudad. Esta espermentó una parte de las miserias y desastres de que fueron víctimas las poblaciones inmediatas, que todo lo sufrieron, matanzas, saqueos, incendios, soportando con patriótica resignacion los ultrages y desafueros á que se entregaba el ejército invasor. El eco de los dolores que padecian las poblaciones inmediatas, llegaba todos los dias en aquellos cinco mortales meses á los oidos de los habitantes de..... como una amenaza; olvidábanse las vejaciones y los ultrages, las pesquisas y los saqueos parciales, la fuga á los bosques de una parte de los habitantes, en presencia de aquellos dolores y de los espantosos desastres de que era teatro cada aldea.

Todas las ideas, todos los pensamientos se dirigian á librarse de aquel ominoso yugo. Los lazos de la patria, de la familia, de la amistad, se estrechaban bajo la influencia de una desgracia comun. Aplaudíanse las pequeñas ventajas que hasta entonces había obtenido el ejército español que sostenía á Felipe, compuesto de veteranos que habían hecho célebre su nombre en Europa, y de reclutas dispuestos á perecer por el héroe de sus afecciones, el de Anjou. La vida ordinaria, con sus preocupaciones, sus necesidades y cálculos había desaparecido, reemplazándole los hábitos guerreros. La patria sufría en medio de aquella conflagracion general, y se preguntaba cuando concluiría aquel martirio nacional, mezcla dolorosa del abatimiento ocasionado por el desastroso reinado del último monarca de la casa austriaca, y de los sufrimientos físicos de una guerra que desgraciadamente participaba de los horrores de la civil y de las peripecias de la estrangera.

De ahí provenia que en aquel cuadro de gloria se descubrieran algunas manchas; al lado del instinto generoso se veian algunas pasiones escitadas por el error, y separándose del sentimiento público, Cataluña, por una apreciacion inexacta de la conveniencia nacional, formaba al lado del Archiduque y sus alemanes, contra Felipe y sus hermanos los españoles.

Esa fué la causa de que algunas gentes del pais, hijos indignos de la desolada patria, aprovechando la guerra general y el comun conflicto, se asociaran á los merodeos y pillages de los soldados de la coalicion.—Felizmente fueron raros estos ejemplos de deslealtad á la patria, y aun los mismos catalanes rechazaron con energía toda mancomunidad con los malvados que trataban de dar el último golpe á la agonizante patria.

Habían, pues, establecido los imperiales en la ciudad de.... el cuartel general de su vanguardia. Establecióse allí un hospital para recibir á los soldados heridos por las balas de los leales.

Los generales hicieron un llamamiento á la ciencia de los médicos de la población, é instalaron un hospital de acuerdo con las autoridades de la ciudad.

Un médico de él, instruido y apreciado, ejercía allí las funciones de cirujano.

Un artesano hábil, reducido á la inacción á consecuencia de la guerra, fué nombrado administrador.

Sin empleo determinado, pero agregado no obstante al hospital ambulante, fué también un curtidor, obrero robusto.

El doctor era el que había designado y elegido para subordinados suyos al artista y al curtidor.

Entre estos tres hombres reunidos en circunstancias muy naturales, bien pronto iba á existir algo de misterioso y de terrible.

II.—EL ENCUENTRO.

Retrocedamos algunos meses.

En 1699, un hombre como de cuarenta y cinco años, pero de una complexión vigorosa que representaría de treinta á cuarenta, se paseaba melancólicamente á orillas del Manzanares.

A poco rato se puso de codos sobre una tapia baja, y contemplaba el río con una expresión indefinible de alucinación y tristeza; se escapaban algunos suspiros de su pecho, y un observador que se tuviese por algo sagaz, hubiese creído que aquel hombre maduraba algún funesto proyecto. Porque es de advertir que el río que hoy se nos presenta miserable, era á la sazón caudaloso y de cauce estrecho, no pudiéndose explicar la disminución de su caudal, sino por la variación de su cauce.

Sin embargo, nada menos exacto que ese juicio respecto á las intenciones de nuestro hombre.

Apresurémonos á decir quién era.

Natural de la ciudad de.... oficial de platero, y luchando en Madrid contra la mala fortuna, en más de una ocasión había desesperado de tener suerte.

En el momento en que le vemos orillas del Manzanares, acababa de terminar su modesta comida que consistía en un pedazo de pan y unas patatas.

La hora consagrada generalmente al desayuno por los españoles, la dedicaba á la contemplación de las rápidas oleadas del río que se desarrollaban en espumosas sábanas, y que antes de chocar contra las pilastras de los puentes de la heroica villa, habían comenzado siguiendo los caprichosos giros de la escarpada sierra.

Al recuerdo de los campos que aquellas aguas habían recorrido, su pueblo natal surgía, por decirlo así, del centro del erguido espejo.

Los magníficos y espesos bosques que se extendían desde las afueras de la capital hasta el Pardo, formando una faja de verdura, se le presentaban con ese encanto de perspectiva que el recuerdo da á los objetos ausentes. Se le figuraba rodeado de los sitios donde vió la luz por primera vez, donde habían corrido sus primeros años. Veía los bosques de

la ciudad de***, y los campos en que crecía el viñedo y pululaban los labradores. Y aquel conjunto rústico y risueño, hacía más sombrío á sus ojos el aspecto de Madrid.

No era, sin embargo, la primera vez que acometía su cerebro aquellos ataques de nostalgia, en medio del bullicioso silencio de la capital, bulliciosa en los días de algazara, tétrica en los días de luto. Pero jamás le habían atacado con tal persistencia y tenacidad.

Al fin, el oficial de platero dejó aquella postura como hombre que ha tomado alguna resolución, volvió á la población, se internó en una callejuela bastante sucia, penetró en una casa de cuatro pisos, subió todos los escalones sin dejar uno, y entró en una miserable buhardilla donde estaban dos ó tres chicos.

—Amiguitos míos, es cosa resuelta, porque no puedo estar más aquí.

Los niños abrieron grandes ojos que espresaban la admiración.

—¡Pardiez, no me respondeis! Quiero dejar á Madrid, llevaros; en este asilo de todas las miserias, es el aire mefítico; todo aquel que padece aquí, se le mira con repugnancia; en provincia, el desgraciado no tiene hipocresía, la indiferencia no le rodea, y está seguro de encontrar corazones bondadosos. Vamos, decididamente iremos á***.

—¿Y qué haremos allí? preguntó el niño mayor que empezaba á razonar.

—Toma, contestó el padre con embarazo, allá veremos.

—El oficio de platero produce muy poco en Madrid, ¿qué quiere vd. que produzca en provincia?

—¡Bah! en su país siempre encuentra uno el medio de que se interesen por nosotros; se tienen conocidos, y si no se vive con el producto de la fragua y el taller, se encuentra alguna otra cosa.

—¿Está Vd. decidido?

—Muy decidido. Viendo esta mañana correr el Manzanares, me decía: ¡qué fértiles son las praderas que riega el río de mi país natal!.. y á fé mía, me ha hecho sensación... quiero volverle á ver. Así, hijos míos, preparemos el equipaje. No nos embaraza mucho; con que en marcha.

—¡En marcha! repitieron á una voz los niños, sumamente alegres con ir de viage.

Algunas semanas después, el platero y su familia entraban en la casa paterna, contando con uno de esos risueños cambios que esperan tan frecuentemente los jugadores y los desgraciados.

Pero la fortuna se hacía sorda. No se apresuraba á responder á las secretas invocaciones del platero.

Era el mes de octubre. La ciudad de***, pequeña población, que participaba del carácter de las ciudades y de los pueblos agrícolas, se ocupaba con afán en la recolección de la uva, pronósticos y comparaciones alusivas se oían por todas partes en las conversaciones empeñadas entre jornaleros y propietarios. Los pisadores hacían crujir los cargados racimos, y arrojaban el vino en colosales tenajas.

Comenzaba á caer la noche. El platero, desanimado, se paseaba ocioso en medio de aquella alegre actividad. De su oprimido pecho salían ahogados suspiros. Pensaba en el día siguiente que no debía ser más feliz que el anterior, y comenzaba á maldecir la *nostalgia* que le había conducido á su país natal.

De repente, una mano se posó en su hombro.

Sorprendido bruscamente por aquella familiaridad inesperada, se estremeció el platero al volver la cabeza.

—¿Quién es? dijo dirigiéndose al que acababa de tocarle. Era de noche y apenas se distinguía.

—¡Bah! ¿no me reconoces? replicó una voz alegre, pero de un timbre un poco áspero.

—Esperad.

—¡Un amigo!

—Es verdad, es el señor...

El recién llegado puso la mano en la boca de su interlocutor.

—Aquí no hay señor... hay dos amigos que se vuelven á ver.

Un mútuo apretón de manos completó el pensamiento común de los dos transeúntes.

El amigo tomó el brazo del amigo, y ambos se pusieron á recorrer el piso desigual de la calle Mayor de ***

—¿Pero cómo diablos te encuentras aquí?

—La suerte no me favoreció en Madrid.

—¿Y aquí? dijo con intención el recién llegado.

—Aquí es lo mismo que en Madrid.

—Vamos á ver, ¿no es una queja de comerciante? Todos dicen siempre que el comercio va mal, y llorando hacen fortuna.

—¡Oh! en cuanto á eso, jamás pasaremos la fortuna y yo por la misma puerta, dijo el platero con tono abatido.

Su interlocutor guardó silencio, y después de reflexionar al parecer, mirando á su amigo de un modo singular:

—¿Quién sabe? añadió.

Su voz tenía tal entonación, que no se hubiera podido decidir si era el acento de la convicción ó el de la burla.

El platero le miró con asombro.

—¿Por qué dices eso? replicó.

—¿Qué necesitas para empezar?... Poca cosa; dinero, obra, parroquianos. ¿Quién es el que no se agencia algo de dinero, teniendo voluntad?

—Yo. Ya hace años que lo deseo y que trabajo para conseguirlo. Pero ¡bah! estoy como al principio. Los bolsillos vacíos...

—¡Ah, ah, ah! dijo dando una carcajada el amigo del platero, se les puede llenar impidiendo de ese modo que se arguyen.

—Sería preciso que creyese en milagros, en hechiceros...

—O en los amigos.

—¡Eh!... No hay ninguno.

—Gracias, por el cumplido.

—No hablo del amigo presente.

—Pues bien, tomo el asunto de mi cuenta, te daré una prueba.

—¿De veras?

—Por la pregunta, veo que todavía dudas.

—¡Es tan extraño!

—Mas sin embargo, con una condición.

—Aceptada de antemano.

—Acaso te aventuras, dijo riendo el que ofrecía sus servicios. Solo que aquella risa no era la de la alegría, se parecía mas bien á una contracción nerviosa.

—¿Qué diablos quieres que arriesgue? posición, fortuna, trabajo, nada tengo que perder...

—Hay que reirse.

—Si se exceptúan...

—Te comprendo... Si se exceptúan mis promesas. A la verdad, formalmente quiero ser te útil, y ya verás como lo consigo.

En aquel momento los dos paseantes se encontraban delante de una casa de apariencia bastante buena.

—Aquí es donde habito, amigo mío, y es preciso que te deje, pero cuenta conmigo y bien pronto, dijo el camarada al artista.

Cambiaron un nuevo apretón de manos, y se separaron.

El platero se fué á su modesto domicilio silbando una marcha.

¡Había encontrado un amigo!

La conversación le había dado ánimo; se acostó de buen humor, y en su sueño veía encendida su fragua y barras sobre su banco; en un escaparate pintado al fresco, se ostentaban cadenas de oro, medallas y sortijas de la Virgen de Pilar, y cruces que pendían de cintas de terciopelo. Tenía cajas llenas de sortijas de varias clases, alfileros, cajas de tabaco y cubiertos.

Tenía bastante con una palabra y una promesa.

III.—PRELIMINARES.

Algun tiempo después del encuentro que acabamos de referir, era objeto de todas las conversaciones en la *** una enfermedad muy grave de que acababa de ser atacada una muger del apellido de Lara.

Aquella muger se hallaba atacada de un cáncer en el pecho. A la induración indolente que caracteriza el principio de aquel terrible mal, había sucedido una inflamación progresiva de las partes adyacentes. El infarto, en lugar de desaparecer bajo la influencia de un tratamiento administrado con inteligencia, se había agravado. La desorganización era manifiesta, y ya no cabía intentar otra cosa que la operación.

Un médico de la ciudad de *** muy acreditado por su habilidad, visitaba á la muger de Lara.

Decidió como indispensable una estirpación.

Necesitaba un ayudante. Buscó á un hombre de sangre fría y de valor que quisiese auxiliarle. Nadie se cuidaba de poner su sensibilidad á prueba del espectáculo de una operación semejante, y por otra parte, la voluntad podía ser vencida por la influencia de una emoción poderosa.

Necesitábase, pues, una persona de confianza con quien poder contar.

El platero á quien acabamos de ver volver á *** fue el elegido para asistir al médico.

La reputación de fortaleza que se había adquirido, quedó justificada. La muger de Lara lanzó gritos de angustia capaces de ablandar el ánimo mas firme, cuando el bisturí del médico penetró en el detriectus de la materia cerebri-forme que se trataba de estirpar. Contracciones nerviosas, espasmos, una palidez lívida, en una palabra, todos los signos exteriores del dolor humano manifestado en su mas alto grado, nada pudo quebrantar la firmeza del ayudante del médico. Vencedor de las angustias que le agitaban permaneció por espacio de tres horas durante la operación.

El médico maravillado de aquel valor impasible, dió público testimonio de su estimación al artesano.

Por otra parte no era la primera vez que utilizaba la



energía del obrero. Antes que hubiese dejado á*** para tentar fortuna en Madrid, había tenido muchas veces ocasion de juzgar de su sangre fria.

Hablóse largo tiempo en la ciudad de*** de aquella operacion y sus circunstancias. Pero un objeto mas grave absorbió bien pronto la atencion de todos. El ejército imperial avanzaba hacia Madrid atravesando el Aragon.

Sucedió en [la ciudad de***] lo que en todas las poblaciones adictas al duque de Anjou. Todos ocultaron sus objetos de valor en los sitios mas secretos de sus casas. Los ricos no fueron los menos sobresaltados.

Entre estos se encontraba un anciano notario cuya casa estaba situada en la calle Mayor junto á la casa de Concejo: era un hombre de edad muy avanzada, y que como la mayor parte de los ancianos, creia prudente hacer economías.

El antiguo notario no pudo, á causa de su edad, ocultar por sí mismo su dinero y objetos de valor. Encargó de ello á su nuera.

Le entregó cuatro estuches que contenian la cantidad de 16,000 duros en oro. Envueltos en una tela ordinaria y cosidos, depositáronse aquellos estuches en la tierra, y nadie, á no ser el autor de la ocultacion, supo el sitio donde quedó oculto el oro.

El ejército imperial entró en*** donde por espacio de cinco meses, estuvo vejando á la poblacion.

Hemos dicho al principio, que se estableció un hospital militar en*** y que al frente del servicio médico y administrativo se encontraron tres hombres, un médico, un hábil obrero, y un robusto camarada curtidor.

El médico era el mismo que había practicado la operacion en la muger de Lara; el obrero hábil era el platero sin trabajo que había abandonado á Madrid para volver á***

En cuanto al tercero era un hombre de mediana estatura, en la flor de su edad y de su fuerza,—tenia treinta y dos años.—Su fisonomía, sin nada de notable, se distinguia por una tez de bermellon, conjunto abultado y sensual. Por lo demas, era un sólido compañero, de una inteligencia mediana, de una moralidad nada rígida y de una fuerza poco comun.

Despues de algunos dias de residencia en el hospital el platero dejó su empleo de administrador que le obligaba á respirar un aire corrompido; solo el curtidor quedó para ayudar al médico, y sobre todo para entregarse á un tráfico bastante lucrativo con los soldados del ejército invasor.

En fin, los aliados dejaron á*** y todo volvió á entrar en las condiciones ordinarias.

Lo que precede no es supérfluo para explicar lo que va á seguir. No es una novela la que referimos, todo al contrario, hasta en los menores detalles, está sacado de la historia judicial, y los hechos los sacamos del procedimiento que tenemos á la vista.

IV.—LA HUERTA DE LA CALLE DEL MORO.

En la época á que se refiere esta historia, había una calle, ó mas bien callejuela en*** que servia de salida escusada á todas las huertas que se cultivaban alli. Poco pasagera, por no decir desierta, sin casas ó casi sin ninguna, era sumamente tranquila. Dedicábase al cultivo de legumbres. También las flores tenian alli un sitio reservado, sirviendo como de recreo á los aficionados.

El 25 de octubre de 1699, dos individuos, platicando sobre horticultura, y discutiendo entre otras cosas acerca del mérito de los plantíos de coles en Yorck, se dirigian hacia la calle del Moro.

Llevaba el uno una cesta vacía, el otro movia en la mano un manojo de llaves. Como se ve, era un objeto muy natural el que en apariencia conducia á los dos hombres á aquella calle. Además, la estacion era apropósito para pensar en mejoras de plantaciones.

Así que llegaron á la puerta de una huerta, la abrieron. Uno de ellos que parecia servir de introductor al otro, miró no obstante con cierta atencion á su alrededor, y en seguida entró cerrando tras sí la puerta.

En lugar de detenerse ante las plantas sembradas en el camino, se fué derecho á un pabellon, destinado generalmente á almacenar los útiles y guardar las plantas delicadas al abrigo de las heladas.

Contra la costumbre, en una estacion en que suele hacer muy buenos dias, aquel pabellon estaba herméticamente cerrado. La ventana estaba sólidamente asegurada, y los intersticios que hubiesen podido permitir á las miradas penetrar en lo interior estaban cubiertos con esteras. Las hojas de la puerta dejaban penetrar la luz por la union. Esta abertura estaba rellena de estopa.

Solo el agujero de la cerradura podia servir de observatorio. Pero el caso parecia previsto. Un trapo tapaba interiormente el hueco de la llave.

Despues de dirigir otra mirada en todas direcciones, el introductor del hombre de la cesta abrió el pabellon y le volvió á cerrar.

Estaba oscuro.

Acostumbrándose la vista poco á poco á la oscuridad, distinguió dos objetos bastante estraños para colocados en una huerta. Sobre la mesa, había dos pistolas largas de arzon, cuidadosamente vueltas del lado del gatillo.

El hombre de la cesta se sorprendió al parecer bastante, pero no lo demostró. Únicamente cuando su compañero se bajó, hizo un movimiento hacia atrás, indicio de temor ó de sorpresa.

Los preparativos no tenian en apariencia nada de hostil, porque dieron por resultado la aparicion de dos botellas de vino y un pedazo de pan, que fueron puestas al lado de las pistolas.

La fisonomía placentera y jovial del introductor que presidia á estos preparativos había cambiado de aspecto. Algo de resuelto é imperioso contraia los músculos de su rostro. Destapó una botella y llenó dos vasos.

—Bebamos, dijo con un tono breve.

Vino, un par de pistolas y la puerta cerrada, todo esto ponía bastante lívido al invitado. Temia tanto á las botellas como á las armas.

—Hace algun tiempo que no tengo costumbre de beber mas que agua; murmuró á media voz.

Su interlocutor le miró fijamente.

—¡Agua! dijo con desden, ¡bueno! y sea que adivinase los sentimientos que agitaban á su compañero, ó que quisiese darle el ejemplo, cogió su vaso y le llevó á sus labios. Decidido por lo que veía, el hombre de la cesta bebió á su vez, y dejó el vaso dirigiendo una mirada investigadora al anfiteatro de aquella singular refaccion.

Este comprendió al parecer.

—Las noches son largas, dijo á media voz.
 —Y oscuras, añadió el interlocutor con desconfianza, como para acomodarse al tono del que hablaba.
 —Está bien, veo que comprendes.
 —O mas bien que quiero se me haga comprender.
 Una ráfaga de viento hizo golpearse una puerta á lo lejos. Hubo una momentánea interrupcion en aquella conversacion cortada comenzada de un modo tan singular.

V.—EL PABELLON DE LA HUERTA.

Mas al punto el anfitrión replicó, asegurándose de que la interrupcion era accidental y lejana:

—No es nada. Sigamos bebiendo.

Al invitado le acometió un nuevo temor, conocia que se trataba de alterar su razon. Bebió con mesura, manteniéndose en guardia.

—El momento es bueno y bien elegido, ¿qué dices?

—Eso depende de lo que se trate de hacer.

—¿No has adivinado?

—No.

—Pues voy á explicarme. ¿Eres pusilánime?

—No creo tal.

—Lo sé, y tengo pruebas irrecusables de tu sangre fria. El hombre que nada teme es fuerte con la debilidad de otro. Es una influencia como otra cualquiera. La elocuencia que arrastra, es el ascendiente de la fuerza; el que sabe, imponiendo sus ideas al que no sabe, dispone de una autoridad que es tambien la fuerza. La fuerza está en todas partes, en todas las relaciones sociales. Es preciso pues servirse de ella cuando puede servir de provecho. Tú eres robusto y tienes sangre fria; estimulado con una botella de este vino, estoy seguro te hallarás al nivel de lo que yo te pido.

—En fin, ¿de qué se trata?

—De poca cosa! de amedrentar para realizar un magnífico negocio.

—Comienzo á comprender de lo que se trata, contestó con una calma que encubria una emocion profunda el interlocutor del proponente..... No soy tímido.

—Sin duda, pero mejor es tomar precauciones; la prudencia no está en contradiccion con la resolucion.

Diciendo esto, el hombre que hablaba levantó una colmena y sacó de ella un bulto informe.

De pronto se oyó un ruido muy próximo. Era una puerta que se abria.

La colmena volvió á caer sobre el objeto que acababa de descubrir.

—Chit!..... dijo el que acababa de colocarle, poniéndose el índice en la boca. Silencio y ocúltate. Y dicho esto, volvió á tomar su aspecto risueño y bajó rápidamente al huerto.

No se había engañado; entraba una muger.

Habiendo quedado solo ante aquellas dos pistolas y en la oscuridad del pabellon, aquel á quien se dirigia la recomendacion de ocultarse, reflexionó. Esta recomendacion le pareció sospechosa. ¿Por qué ocultar su presencia? ¿Habia, pues, un motivo para que quedase ignorado que él estuvo en la huerta? Este motivo era evidentemente una amenaza.

Tuvo miedo.

Para desviar el peligro que sentia cernerse sobre su cabeza, comprendió que era preciso presentarse á la muger

cuya voz había oido. En efecto, un testigo era un obstáculo entre él y el peligro.

Ejecutada tan pronto como concebida, aquella idea se manifestó con la brusca apertura de la puerta y saliendo con estrépito.

El dueño del huerto frunció el ceño.

—He hecho bien, se dijo para sí el individuo del pabellon.

Sin embargo, ambos tomaron un aspecto indiferente, y se pusieron á recorrer hablando de horticultura, las calles del huerto.

La muger no permaneció en él mas que algunos momentos. Era una criada que iba á buscar legumbres.

En el momento en que salió, el interlocutor del amo del huerto titubeó entre una retirada que estuviese motivada por cualquier pretexto, y el deseo de saber como terminaria la aventura. No obstante, dijo como al acaso:

—Ya volveré.

—No, no, replicó vivamente aquel á quien él manifestaba su intencion.

Sintiéndose protegido por la revelacion de su presencia á los ojos de la doméstica, el que recibia la negativa, cedió á la curiosidad.

Los dos hombres volvieron á entrar en el pabellon, cuya puerta se cerró otra vez como anteriormente.

Bebieron de nuevo.

Las dos pistolas eran ya instrumentos bastante singulares, pero no era esto solo lo que contenian los escondrijos. Dos paquetes de cuerdas, dos fajas de lana trenzadas, dos puñales groseramente labrados y que parecian hechos, el uno de un cuchillo de monte, y el otro de una cuchilla de carnicero, dos cinturones, dos sacos de tela blanca y otros dos objetos sin forma determinada, completando aquella esposicion de particularidades, se presentaron sucesivamente.

El que las sacó se ciñó un cinturon, le llenó de pistolas y puñales, colgó de él un saco y las cuerdas, y por medio de un objeto que volveremos á ver mas tarde, consiguió desfigurar su rostro.

—Las pistolas están cargadas hasta la boca, dijo. ¿Ves esos dos puñales? están afilados hasta el mango. Estas cuerdas están sólidamente preparadas, los sacos son grandes y ligeros, y yo estoy desconocido. Encuéntranse diseminados otros objetos á granel que tienen su empleo determinado, no hablo mas.

Algunos instantes despues, todos los objetos estaban otra vez colocados en sus sitios, y no quedaba á la vista mas que las pistolas.

El espectador de aquella escena melodramática esperaba silencioso y muy conmovido, sin que su rostro frío é impasible revelase sus sensaciones.

—Ya ves que todo está bien dispuesto, le dijo el autor de la pantomima armada que acababa de representarse.

—Si.

—La cosa es muy sencilla; por otra parte, aquellos con quienes hay que habérselas no son peligrosos. Sin embargo, es preciso ponerse en guardia contra las sorpresas.

¿Estás decidido?

La pregunta estaba hecha á quema ropa, y con un tono imperioso. El que era objeto de ella alcanzaba á entrever, pero no sabia á punto fijo. Responder afirmativamente para obtener una revelacion completa, era comprometerse; negativamente era correr á la vez un peligro y no saber nada.

Empleó un subterfugio.

—Me es imposible salir por la noche, dijo, soy casado y mi muger sospechará.

El que interrogaba manifestó en sus labios una sonrisa irónica.

—Eso no importa nada, dijo; apenas un cuarto de legua de distancia; allí hay oro y plata. Te hago un recibo de 60 á 80,000 rs.....

—¡Tanta cantidad!

—Lo menos, replicó el proponente, que creyó haber despertado la codicia del que queria asociar á sus proyectos.

—Me encontraría muy embarazado con ella, yo que jamás he tenido nada; no me domina el dinero.

Y al decir esto reía.

—Tienes escrúpulos, quien sabe, la conciencia!.....

Una burla cruel caracterizaba las inflexiones del tentador. Descubriábase ya en él como el principio de una amenaza.

Alarmóse el otro. Se arrepintió de haber dejado ir tan lejos la conferencia.

—¡Escrúpulos! dijo prorumpiendo en una risa nerviosa. ¡Oh! ¡no á fé mia!

—¡Enhorabuena! ¡Qué diablo! es necesario tener filosofía. Sé rico por tus bienes adquiridos, el cómo no importa, y serás bien visto, considerado; esto es todo lo que necesitas. El papel que muchas gentes representan en el mundo es debido á su bolsa.

—Filosofía por filosofía, tengo la mia. Rico sin poseer nada, comiéndome mi pan me burlo de los transeuntes que quieren salpicarme de lodo. Este verano orilla del río, me sentía feliz con dos cuartos de patatas fritas y un pan, con solo mirar á Madrid, ver sus animadas calles, y el Manzanares que corría á mis pies.

La fisonomía del hombre de los proyectos se puso sombría; los músculos de su rostro se contrajeron, sus cejas formaban ángulos salientes pronunciados, su frente se cubrió de pliegues horizontales; en aquella fisonomía amenazaba un peligro.

El filósofo del pan seco le conoció, y quiso desviar del camino que llevaban aquellas ideas que creía peligrosas para él.

—Eche de beber, dijo afectando alegría. Bebió de un solo trago y con aire risueño.

—¡Con solo que me hubieses hablado así antes! Despues de reflexionado dejemos eso á un lado y no hablemos mas de ello.

El otro se paseaba pensativo, en el estrecho espacio en que pasaba aquella escena, ó mas bien golpeaba el pavimento con los pies, sin cambiar de fisonomía. Se detuvo de repente, y se puso á colocar los objetos que habia por medio de la habitacion; en seguida, con un aspecto impasible, cogió una pistola, rechinó el rastrillo de la llave, y apoyó el extremo del cañon en el pecho de su interlocutor. Este sintió refluir su sangre al corazon, latir sus sienas y zumbar sus oídos.

El instante era terrible. No obstante, no perdió del todo su serenidad.

—Mírame frente á frente, le dijo el otro.

Obedeció, fijó su mirada en la del *amigo* que estaba á punto de convertirse en su enemigo; pero con un movimiento rápido é imprevisto, cogió la otra pistola y se puso á la defensiva.

Pasó un minuto, que fué largo como un siglo. Se podia oír la respiracion de aquellos dos hombres, colocados frente á frente, fijar sus miradas, el dedo en el gatillo y cañon contra cañon.

—Estan cargadas.

—Lo sé, pero una de ellas puede no dar fuego.

El agresor pareció reflexionar, pesar las probabilidades, y al fin vacilar.

Su adversario se esforzó en mostrarse digno adversario. La actitud que conservó decidió á su interlocutor; porque separó lentamente su pistola, bajó el gatillo al seguro y dejó el arma sobre la mesa.

Su compañero le imitó punto por punto.

—No te encargo el secreto. Sabes lo que te valdrá una palabra ó un gesto.

El movimiento lleno de resolucion que acompañó á estas palabras, les sirvió enérgicamente de complemento.

—Lo sé; lo que acaba de pasar morirá con nosotros.

—Está bien.

Algunos instantes despues ambos desaparecieron del huerto de la calle del Moro; el uno llevaba su manojo de llaves, el otro su cesta llena.

Mas de un transeunte cambió al paso su saludo con los dos pacíficos ciudadanos, que acababan de dedicar algunos momentos á la horticultura!.....

VI.—EL TALLER DEL PLATERO.

Estamos en el mes de noviembre, unos veinte dias despues del episodio del huerto de la calle del Moro.

Antes de proseguir, y para mayor claridad, vamos á indicar algo de nuestros personajes por sus sobrenombres.

Sin duda se recordará el encuentro de 1699, que hemos descrito al comenzar.

A un artesano de..... llevado por la nostalgia á su pais natal, se le acercó una tarde de octubre, un amigo que le habia prometido prestarle su apoyo y procurarle recursos.

Muy gozoso al encontrar en su aislamiento y angustia, una mano caritativa, el platero habia recobrado ánimo.

Solo que, cuando quiso sondear la estension de aquella benéfica disposicion, no encontró mas que reticencias y ambigüedad en el lenguaje del que habia ofrecido servirle de apoyo.

Creyó en una espresion pasagera de camaradas resfriada por la reflexion.

Arreglóse de modo que pudiera pasarse sin su concurso.

No obstante, cuando la invasion de los imperiales cubrió con sus tropas el territorio de..... y redujo á la inaccion los brazos del platero, su amigo le hizo obtener la plaza de administrador del hospital militar. Los miasmas pútridas que se exhalaban de aquella aglomeracion de enfermos, decidieron al artista á renunciar su plaza.

Habiendo abandonado el enemigo la ciudad de..... el platero volvió á su torno y á su fragua, contando con su paciencia y esperando la clientela.

El 11 de noviembre de 1700, el platero fué á inscribirse en el gremio, en la ciudad de..... poblacion importante, cabeza de distrito civil. Durante el dia fué muchas veces á verle su amigo. Pero, ¡cosa inexplicable en apariencia, el platero, á quien aquellas visitas debian ser presagio de tener obra ó algun negocio, palideció, balbuceó, y retiró su mano cuando

la de su amigo quiso estrecharla. Esta acogida parecía de propósito para resfriar la amistad mas íntima. Sin embargo, sucedió lo contrario.

Tres días despues volvió el amigo llevando obra. Llevaba muchos objetos muy estrañamente reunidos. Eran botones de metal, hebillas, una taza de plata, fichas, una cafetera y una sortija rota.

—Aquí tienes obra, Estéban, le dijo el que llegaba.

—¡Obra! Juan Bautista, replicó titubeando el platero.

—Sin duda, y obra que corre prisa.

El platero quedó inmóvil y pensativo.

—¿Me comprendes? le dijo insistiendo Juan Bautista.

—Sí, sí.

—¿Sabes lo que hay que hacer de estos objetos? Una fuente y dos barras. No es bueno mas que para eso.

—¡Barras! sea, dijo Estéban el platero, con un tono resignado.

—Ciertamente, de todo tenia menos de suspiro de artista el que exhalaba al tomar aquellos objetos. Ninguno de ellos merecia la commiseracion que se pintaba en el semblante del platero.

A pesar de eso, se encendió la fragua. La llama avivada por el fuelle invadió al punto todo el carbon. No tardó en haber allí un fuego ardiente, cuyo reflejo iluminaba con un color rojizo el rostro de los dos individuos que le contemplaban. El platero estaba abatido, su fisonomía taciturna y descompuesta le hacia semejar á un paciente en las manos del verdugo. Se hubiese dicho que el fuego le consumia. Por lo que hace á su amigo, éste observaba con avidez los progresos del carbon.

Los objetos sacrificados fueron arrojados en confusion en el hornillo. El metal no tardó en torcerse y hundirse bajo el influjo del fuego; sus estremidades hirvieron y se aplastaron.

Una llama blanquiza que seguía el curso del metal, apareció por un lado; la fusion comenzaba.

La fisonomía del amigo tomaba el aspecto de la alegría á medida que se verificaba la fusion y ganaba terreno. Una sonrisa vagó por sus labios y se reflejó en su mirada; la boca y los ojos, iluminados por los reflejos cobrizos de la fragua, aparecian de un modo singular; al menos así le parecia al platero que miraba á hurtadillas.

—Te he prometido serte útil, cumplo mi palabra, dijo de repente Juan Bautista. He aquí la prueba. Lo que acabas de fundir es para tí.

—¡Para mí! dijo bruscamente Estéban con acento en que se descubria la admiracion.

—¡Para tí! añadió riéndose su amigo, para tí solo. Te lo regalo yo. Y sin esperar otras preguntas, abrió la puerta del taller y desapareció.

El platero parecia estupefacto é irresoluto. No podia comprendersele. El, pobre, sin trabajo, buscando un protector ó un poco de dinero, no agradecia, al parecer, el regalo que le caía en su hornillo.

Sin embargo, el metal tenia bastante valor.

—¡Para mí! dijo en voz baja y reflexionando. Apoderándose de él en seguida una actividad inesplicable, tomó la barra, y unió todas las partículas metálicas, cuidadosamente, y retiró el producto de la fusion.

Se sensó, se levantó, se agitó en su taller recorriéndole á pasos precipitados, é inspirado súbitamente por la meditacion á que al parecer se entregaba, tomó la barra de pla-

ta, la metió en su bolsillo, y salió teniendo cuidado de observar si era seguido.

Se fué directamente orilla del rio, donde se detuvo para mirar y escuchar. La barra, lanzada vigorosamente, dibujó al caer en el agua un círculo que fué ensanchando hasta borrarse en las oleadas de la corriente. Contempló el platero por un momento el rio, cuyo espejo sombrío nada turbaba [ya; en seguida hizo una señal visible para él solo y desapareció al punto.

Desde aquel día, la conducta del platero Estéban fué inesplicable; y si alguno hubiese podido presenciar lo que pasaba en su taller y despues orilla del rio, sin duda alguna creyera que estaba loco.

Juan Bautista que de 1699 á 1700, le habia ofrecido sus servicios, realizó sus promesas.

Despues del 11 de noviembre volvió á casa del platero, llevándole esta vez, como la primera, viejos restos de platería.

La escena del 11 se reprodujo exactamente en todos sus detalles. Encendióse la fragua, los objetos que en ella se fundieron se dejaron al fundidor, siempre sombrío, siempre esmerándose en la fabricacion del lingote que sin tardanza iba á lanzar como el primero en el rio.

Esto era estraño. Pero no lo era menos la sombra melancólica que se habia apoderado del artesano. Y sin embargo, todo parecia indicar que la fortuna, cansada de perseguirle, queria al fin reparar su sinrazon.

El hombre de la plata iba con frecuencia y de una manera ostensible á hacer encargos al platero.

Muchas personas de la ciudad de*** los mas ricos, se sucedian en su tienda, para comprar y encargar.

Preciso es decir, sin embargo, que siempre que aquel amigo generoso y que se ocupaba con solicitud de los intereses del platero, iba á verle, se dirigian una palabra ó una mirada, mirada espresiva, palabra enigmática que parecia tener un poder eléctrico sobre el platero. El personaje que dominaba á éste, tenia siempre el aire afable, la palabra bondadosa, y rara vez dejaba de hacer un ofrecimiento alhagüeño ó escapar una agudeza.

Mas el padre del platero se apercibió de aquella postracion moral; sorprendió un día, sin comprenderla, una de esas palabras que obraban tan poderosamente en el sistema nervioso de su hijo. Resolvió conocer la causa de ello provocando una confidencia.

Sin duda lo consiguió, porque una noche se encerraron los dos con mucha precaucion y conversaron largamente. Esta conversacion era probablemente de una naturaleza esencialmente grave, porque luego que terminó, no estaba el padre menos turbado que el hijo.

VII.—EL CAMARADA CURTIDOR.

En la época en que pasaba lo que acabamos de decir, habia en la Rioja, en la aldea de*** un curtidor que llamaba bastante la atencion para atraerse muchos amigos y no pocos envidiosos. Lamábase Juan Roca. Era un mozo robusto, de anchas espaldas, de rostro colorado, que llevaba una vida alegre, querido de sus camaradas con quienes se mostraba muy generoso, considerado de su patron que le consultaba espontáneamente y le concedia toda su confianza.